

Salvador GINER: *Carisma y razón*. Madrid. Alianza Ed.; 2003. Julio CARO BAROJA: *El mito del carácter nacional*. Madrid. Ed. Caro Raggio; 2004. John GRAY: *Las dos caras del liberalismo*. Barcelona. Piados Ed.; 2001.

En la medida en que ha sido capaz de producir un gran pensamiento, la historia de la sociología se ha esmerado en la consideración de algunos aspectos de la naturaleza humana sin los cuales no se puede explicar el contenido de la sociabilidad o el significado de la cultura. En un lugar muy destacado de este intento figuran la relación entre la moral y el comportamiento, o las diferentes dimensiones del despliegue de la razón. Por desgracia, cuando la grandeza de la teoría social se ha deslizado hacia la tendencia a la simplificación que acecha a todo saber, la sociología se ha ido refugian-do en la técnica para huir de las complejidades de la incertidumbre con la vana ilusión de acercarse más así a una pretendida rigurosidad científica. La sociedad moderna ha ido imponiendo sus cláusulas simplificadoras para des-lustrar toda gran inquietud, cualquier ideal problemático, para formarnos en la creencia del asentimiento ciego y en la despreocupación de los fundamentos de las cosas, en la aceptación de los hechos que se conforman en su capa-razón exterior. Pero es conveniente que recordemos que todo esto no es más que una tergiversación del conocimiento que poco tiene que ver con sus mejores destellos.

Salvador Giner ha realizado notables esfuerzos en su dilatada carrera para destacar lo esencial y su inevitabilidad en el entendimiento de lo que es ins-trumental. Este libro que comentamos apunta hacia esa elevación por enci-ma de las superficies para indagar en las causas de los comportamientos, y tiene, por ello, dos atenciones infrecuentes de apreciable magnitud: la inse-parable vinculación de los compromisos éticos con las realidades sociales, y la fecunda creatividad de ciertos planos de lo inexplicable racionalmente que, no obstante, ha sido decisiva en el entendimiento de las conductas humanas.

La obra parte de la convicción plausible del nacimiento de la sociología “como proyecto cuya misión era suministrar los recursos éticos necesarios para superar los males de la nueva era”. Y discurre hacia la polémica incon-clusa sobre el universalismo ético y su coexistencia con un pragmatismo que regula la convivencia entre los individuos y grupos, provocando serias con-tradicciones que impiden la aplicación de los grandes principios y rebajan sus contenidos en aras de un realismo de corte utilitario. El binomio weberiano

de la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad, sobrevuela, justamente reivindicado, en el análisis de los dos vectores que informan el planteamiento del autor, la consideración de dos proyecciones de una misma facultad: la racionalidad sustancial y la racionalidad instrumental. Incontaminada la primera, o, fundamentalmente motivada en imperativos científicos; y derivada, la segunda, de la demanda práctica, a la vez, socialmente necesaria y cognitivamente perturbadora, que acaba transmitiendo una irracionalidad degenerativa, que nos devuelve a la discusión sobre los principios, los requerimientos morales.

Pero también la racionalidad sustancial guarda una correspondencia con los moldes de la ética de la convicción y se recrea en los valores superiores que remiten al mundo ideal y a las palpitations del universalismo moral. No así la segunda, cuya impronta asume un pesimismo antropológico que apela al mundo real y postula una moral posible, más cercana a los postulados hobbesianos, siempre afines a las demandas técnicas. Giner estudia detenidamente estos perfiles, destaca los antagonismos entre ambas manifestaciones de la razón, y sugiere que a pesar de la incompatibilidad enunciativa las dos están llamadas a convivir, al tiempo que se distancia del posibilismo postmoralista, sin dejar, por ello, de visualizar la convivencia social entre los imperativos de la gran moral y las recomendaciones de la moral circunstancial.

No son menores las contradicciones que se producen entre la razón y la inspiración, y también entre ambas sobreviene un acoplamiento que se observa en la preservación de espacios diferenciados que mantenemos celosamente entre el misterio y la demostrabilidad. Tal es el ejemplo de Juan Comenio, el gran pedagogo del barroco que combinó el estudio de la ciencia con la devoción religiosa, o los jansenistas de Port Royal, imbuidos de una fe profunda que no obstaculizaba su racionalismo analítico, como leemos en las páginas del ensayo. Pero los ejemplos son inacabables. ¿Cómo no evocar a Kant, tan confiado en Dios y tan apasionado de la razón; o a los piadosos varones de la Ilustración escocesa, con Hume y Smith a la cabeza; o a nuestro inolvidable Feijoo, devotísimo creyente, y entregado defensor del racionalismo científico?. Giner propone la creación de apartados propios para el tratamiento de lo numinoso fuera del conflicto cognitivo entre lo racional y lo irracional, que cae en el amplio espectro de la moral, que ni puede ser descalificada por su irracionalidad, ni cabalmente evaluada con pautas racionales. Por eso, dice que la fe y la razón forman dos capítulos que, aun negándose mutuamente y expresando la pervivencia de un problema sin aparente sentido, han sido característicos de la civilización occidental.

Moral y razón reaparecen como elementos constitutivos del alegato sobre el nacionalismo que encontramos en el libro, y que no tiene otro defecto más que el de su brevedad. El irracionalismo nacionalista es la expresión desde la que se acomete la tarea de destruir el racionalismo universalista de la idea de ciudadanía en la patria de todos, espacio común de seres libres e iguales en el derecho que la secta particularista cuartea para construir el artificio de la tribu homogeneizada. Una invención que no existe en la naturalidad de los pueblos, sino en la mente atrofiada de la xenofobia que se reviste de agravios impagados. El rebaño etnicista necesita reforzar el mito de la homogeneidad mediante la permanente anatemización del otro. Por eso no tolera grupos disidentes, ni concibe la noción de hombre rebelde, de individuo soberano y libre que se labró en los ideales que constituyeron históricamente el Estado mediante una rigurosa exigencia ética de principios válidos para todos. En su contra, Giner denuncia la permanente confrontación que esgrime el credo nacionalista. Una demanda resentida que agiganta algo que hicieron otros, que nunca se puede saciar, por mucho que sea el daño que reciban los supuestos herederos de los primitivos culpables. De esta forma se esculpe, sin tregua, el sentimiento de opresión que excita a los oprimidos para convertirse en opresores de todos aquellos que no comulgan con los sacramentos de la congregación, que con tanta perspicacia se describe.

Parecidos argumentos son los que inspiraron a Julio Caro Baroja para escribir el ensayo que aquí comentamos. Obra antigua, en el corto tiempo de nuestra recuperación democrática, que ha sido rescatada en esta esperada reedición de la editorial familiar. Con ella no entramos en el fenómeno nacionalista desde la abstracción ideológica, sino a partir del ocaso de la dictadura franquista y de su patrimonialización de la idea de España. Es este escorzo el que elige el admirado escritor para llevarnos a un debate en el que se recorre nuestra historia, en sus crisis de exaltación y de decadencia, procurando adentrarse con savia sensatez en la realidad estimable de su existencia, huyendo de sus alternativas deformaciones que, como recuerda el autor, son comunes a todas las demás naciones. La fecha de la primera aparición de la obra, 1970, no podía más que anunciar el alivio terminal del oprobioso régimen después de casi cuatro décadas de exasperada explotación del nacionalismo español, pero nada sería más equivocado que liquidar su discurso en esta expresión patrioterica. El pensador tuvo tiempo más que sobrado hasta que se produjo su fallecimiento, dos décadas después, para abominar de los otros nacionalismos españoles, del mismo origen ideológico, por cierto, que el que le sirvió de análisis, e incluso de vérselas acremente con el de su propia tierra, Euskadi, que como acostumbra a suceder, lejos de agradecerle los brillantes esfuerzos que dedicó a desentrañar su historia, se los afeó.

Así es que empezamos por el mito de la España inmortal que la derecha ha maquinado secularmente. Pero es esta deformación casera la que conduce a desdibujar toda exasperación nacionalista colocándola en el emplazamiento que en verdad le corresponde en la penetrante pluma del autor: el fanatismo, la vulgaridad intelectual, la cruda alimentación de los sentimientos más soeces. Y sólo a partir de este desencantamiento tan salutífero nos descubre la dignidad de ser español, o francés, o alemán, o cualquiera otro de los múltiples reconocimientos que proliferan en el espectro de los sentimientos nacionales. Mas, como digo, si el estudio histórico se centra en el nacionalismo español, el verdadero interés que hay tras él no es otro que la descomposición de la identidad nacional, del 'carácter nacional', como gran mito formativo, no sólo de pueblos, de lazos de integración más allá de las diferencias naturales, de creaciones culturales, sino como nudo aglutinador de muchas de las mayores bellaquerías que ha sido y sigue siendo capaz de llevar a cabo el ser humano.

Por eso Caro, con el más hondo y sincero respeto a las idiosincrasias de los pueblos, a la vena que los hace distintos y los enriquece en sus peculiaridades genuinas, arremete, sin embargo, contra el culto sentimentalista que los quiere hacer excluyentes y embobados en pretendidos rasgos intransferibles, mejores que los de los otros, y en su, en todo caso, desdén por las ajenos. Como denuncia, las consecuencias de estos ensimismamientos fueron nefastas en los nacionalismos europeos que condujeron a la Segunda Guerra Mundial, y fratricidas, en los nacionalismos españoles que desataron la Guerra Civil. De ahí su conclusión: el mito del carácter nacional "es amenazador y peligroso". Y como la historia es implacable en su enseñanza no ha tenido que transcurrir demasiado tiempo para que volviéramos a las andadas, y sus pronósticos se vieran confirmados, una vez más. Apenas acabamos de reponernos del último intento de la derecha de reparar el ardor rancio del nacionalismo español, sólo que esta vez por vía democrática. Los resultados de tan ciega obstinación han sido los previsibles. Es decir, los contrarios de los que deseaban. Lejos de conseguir sus fines, han excitado el multicolor gallinero de los nacionalismos de toda latitud hasta extremos que sonrojan a cualquier ciudadano de un país libre. Pero es esta una lección que, como otras muchas cuestiones fundamentales, nunca se aprende. ¿Cómo convencer a un salvador de vuelos tan cortos de la necesidad de su empeño?. Ahí quedan, sin embargo, las palabras de aquél hombre sabio.

El trabajo de John Gray vuelve hacia las raíces del comportamiento social que veíamos en los escritos de Giner, y a través de ellas se adentra en la formación de la sociedad moderna, en la combinación de libertad y capitalis-

mo. Es, ésta, una investigación sobre las causas que movilizan las actitudes de los hombres en la búsqueda de un estado de convivencia civilizada, y sobre la teoría que ha acunado la tolerancia moderna y ha hecho posible la combinación de la idea de beneficio con la práctica del respeto. Es decir, sobre el liberalismo. Gray arranca del supuesto tácito de que la doctrina liberal es la más alta expresión de la filosofía política, y por ello, le atribuye, no ya las numerosas virtudes que han hecho posible la vida social bajo el imperio de la ley, sino también, el mucho más discutible logro del igualitarismo. Esta convicción generalizada le sirve para reconocer dos vías diferenciadas en la historia del pensamiento liberal, pero contribuye, a mi juicio, a enredarle algo en el diagnóstico etiológico de la conciencia moderna, aunque ello no prive al ensayo de una densidad muy estimable

El inicio de la reflexión en Hobbes, como patrocinador del ideario liberal e impulsor de una moral oportunista, pero útil, abre la puerta, tanto a la ya comentada e inseparable relación entre moral y comportamiento, como al seguimiento de la formación histórica de esas dos vías del liberalismo, y en última instancia, a la consideración del significado del Estado en la evolución de la sociedad. El recurso hobbesiano en la búsqueda de las huellas de la filosofía liberal no deja de ser, como el mismo autor reconoce, una de las grandes paradojas de la historia de las ideas, que convierte, acaso al mayor impulsor del absolutismo y del sometimiento de la persona a la voluntad del señor todopoderoso, en inspirador, a la larga, del sistema apuntalado en las libertades individuales y en la validez universal de la ley como garantía indiscutida de todo proyecto de vida en común. No es nueva, como se sabe, la atribución de esta influencia a Hobbes, pero sí aparece, en esta ocasión, planteada con un atrevimiento y una originalidad llenos de lecturas. Porque el filósofo es presentado como un adelantado de la modernidad en su siembra de ideas sobre el funcionamiento del sistema democrático al tiempo que en la formulación de una moral de conveniencia que se resume en el 'modus vivendi', que regará también de avales el oscuro sustrato ético del capitalismo. Hubiera sido de agradecer una obligada referencia a Aristóteles, que escribió prolijamente y con gran sentido de estos asuntos, y del que, como ocurre en general, probablemente por desconocimiento, se evita cualquier mención.

Hobbes encabeza también una de esas dos corrientes históricas que encontramos sobre el liberalismo, junto a Hume y Berlin, que ha valido, según esta versión, para adaptar la moral universal a las necesidades que han venido imponiendo los cambios políticos, sociales y económicos en el mundo moderno, haciendo posible, con tales mutaciones, compaginar el rigor de la

conciencia con la naturaleza de un ser humano que actúa en función de sus exclusivos intereses personales. La expresión 'modus vivendi', que empleó el propio filósofo, califica esta ética ligera que yace en la cuna del postmoralismo contemporáneo. Frente a ella, el ensayista se detiene en la otra corriente que tilda de contenidos más exigentes y de valores universales, en la que sitúa la impronta de Locke, Kant, Mills, Hayek y Rowls, y a la que considera periclitada por su incapacidad para sobrevivir ante los complejos requerimientos de la sociedad contemporánea. Debo señalar la arbitraria lista de la clasificación, y la notabilidad de las ausencias. Ya que se entiende con dificultad que el oportunismo moral de cobijo a Hume o a Berlin -maestro del autor-, y que en el liberalismo universalista aparezcan, sin más explicaciones, Locke o Hayek, junto a Kant, por ejemplo. Y también, que entre los pensadores liberales no figuren hombres de la talla de Smith, Tocqueville o Popper, por citar a otro contemporáneo. O Spencer, por razones que luego señalaremos.

Hemos de comprender, sin embargo, que por encima de nombres y afinidades deslizadas, el autor trata de establecer las diferencias de calibre entre dos formas de la mentalidad liberal, una basada en principios de fuertes contenidos morales, válidos para todos, que defiende la libertad aun a costa de las reglas del mercado, y se compromete con la igualdad; y otra, la del 'modus vivendi', de relajados compromisos éticos, que postula la libertad sin poner en cuestión el funcionamiento del mercado, y ofrece abundantes lagunas en su sensibilidad social. Gray no lo dice así, exactamente, porque pretende que todo el liberalismo, en su conjunto, es portador de un destacado mensaje igualitario, lo cual no es cierto. Por eso, omite a una figura tan prominente como la de Spencer, sin el que, no obstante, no se comprende el desarrollo de la ideología liberal conservadora. En todo caso, el planteamiento es correcto, y el libro muy aconsejable para conocer la enorme trascendencia de la cultura liberal y su influjo decisivo en la respetabilidad de algunas formas de convivencia insustituibles de la sociedad contemporánea. Y no menos que en la localización del hilo conductor que desemboca en las tibias aguas de la desorientación que inunda el navío vacilante del postmoralismo.

Un factor más de reconocimiento de nuestro tiempo emerge con fuerza en el diversificado discurso de esta obra: la penetración del pensamiento liberal en el análisis de algunos fenómenos tipificadores de la mentalidad postmoderna. Gray entra con esta perspectiva en el debate sobre el etnicismo, el uniformismo cultural, el nacionalismo. Reivindicando la trayectoria de la filosofía liberal en su confrontación con el localismo critica las tentaciones del uniculturalismo y sus secuelas sociales y políticas, rebate a Herder y su

reaccionarismo comunitarista y antiilustrado, y denuncia el irracionalismo retrógrado del particularismo etnicista que remontó con el romanticismo del XIX, opuesto a toda idea de hombre universal, y su vinculación con la ideología fascista posterior. Por eso, defiende el pluralismo cultural como “nuestro destino histórico”, aunque llamando la atención sobre la proliferación de identidades fragmentarias y sus reivindicaciones soberanistas basadas en la eliminación de toda diferenciación interior. De ahí que vea en esta fragmentación tardomodernista y en su rechazo del Estado-nación, un aire medieval que, a su juicio, constituye hoy la mayor amenaza para la democracia y la convivencia pacífica.

Gray hace valer esta última llamada de atención para enlazar con el recorrido del Estado en el mundo moderno y, reivindicando a Hobbes nuevamente, recordar que sólo en su espacio delimitado por el derecho y la voluntad de convivir entre diferentes serán posibles la justicia y la sociedad democrática. Al igual que Giner, en uno de sus ensayos, defendiendo el papel histórico del Estado en la constitución del individuo libre, del ciudadano, y en la formación de una conciencia social que ha permitido este tipo de desarrollo, el académico británico acude a la vigencia del Estado para parapetarse tras él frente a la propuesta disolvente de los particularismos etnicistas, y demandar su vigencia para defender la libertad de todos, la conciencia de todos en la justicia entre iguales, que son las características de la verdadera identidad del hombre moderno. Una defensa que, lejos de desmentir su filiación liberal, nos ilustra sobre la complejidad intelectual y la magnitud de las aportaciones de la filosofía que la inspira.

Luis SAAVEDRA